

Nueva Sociedad Nro. 141 Enero - Febrero 1996, pp. 54-67

# Reconstrucción de la esfera pública y voto cívico-independiente en Colombia

Miguel Eduardo Cárdenas; Oscar Delgado

**Miguel Eduardo Cárdenas:** cientista social colombiano, profesor universitario.

**Oscar Delgado:** cientista social colombiano, profesor universitario.

## Resumen:

**De manera lenta y desagregada, desde comienzos de los 90 hay signos de un avance hacia la constitución de una esfera pública independiente en Colombia, que se sustraiga al dominio secular del bipartidismo elitista tradicional. Hasta ahora los pasos más definidos se ven en el ámbito municipal y en la actitud de sectores de la prensa e intelectuales. Es de esperar que la tensión aumente alrededor de este sector embrionario, dados los dilemas actuales de la gobernabilidad colombiana.**

**A** Colombia le llegó el fin de la historia política al comenzar el Frente Nacional. En el último medio siglo ha habido muchas noticias o eventos más o menos intrascendentes, pero ningún hecho social sustantivo, como un proceso real hacia la inclusión de los excluidos; un cambio significativo en lo estructural, regimental o sistémico<sup>1</sup>. La sucesión cuatrienal de personajes que –uno tras otro– ocupan la presidencia, hasta el presente no comporta cambios o procesos transformativos de significación. El modelo de acumulación del capitalismo salvaje no ha cesado ni ha sido morigerado.

La población persistía en su indiferencia ante los eventos de cualquier orden, producidos ya fuera en las cumbres elitistas o en los espacios bélicos de la guerra sucia (guerrillas, ejército, paramilitares y narcotraficantes). Los cientistas sociales, los escritores y los periodistas concentraban sus observaciones sobre incidentes menores de las estructuras de las elites y del Estado, y pocas veces –y con escasa difusión– dirigían sus miradas hacia la población, quizá por considerar el aparente conformismo de la gente; su real pasividad desde la terminación

---

<sup>1</sup> Quizá con la excepción de dos nuevas instituciones que empezaron a operar en 1992: la Fiscalía General de la Nación y la Corte Constitucional, así como el recurso de tutela para garantizar los derechos fundamentales, creado por primera vez en la Constitución de 1991.

de la primera violencia, y su desorganización e impotencia (ausencia de sociedad civil y de una esfera pública).

Ahora continúan aplicándose estrategias elitistas de dominación social –represión y cooptación– mientras están cambiando aceleradamente las mentalidades colectivas, a partir de las nuevas representaciones y mapas cognitivos, (re)acciones masivas tan insospechadas como la pérdida de las lealtades tradicionales a los símbolos de la autoridad dominante –las elites político-económicas– y de los sentimientos de pertenencia hacia los «partidos» tradicionales.

No es sólo el cambio de actitudes, intencionalidades o motivaciones, sino el paso a las acciones individuales y colectivas, su conversión de súbditos quizá no a actores, pero sí a *actuales*, todo ello como producto del proceso de subjetivación individual y colectiva. A lo que se añade, más recientemente, el debilitamiento de la tradicional manipulación de la opinión a través de los medios, y la consiguiente recuperación de la esfera o espacio público de corte liberal, interrumpido durante las últimas cuatro décadas<sup>2</sup>; y la transformación de la matriz Estado-céntrica, la politización de elementos tradicionalmente considerados privados o prepolíticos, la privatización de otros pertenecientes a las esferas pública y estatal y, según una autora<sup>3</sup>, el proceso formativo de una nueva matriz de perfil socio-céntrico, ya virtual, dinamizada por nuevos actores con identidades forjadas «en torno de la lucha por el *reconocimiento*». No obstante, a tal proceso se oponen la agudización del clientelismo y el que «esté viva una cultura permisiva frente al enriquecimiento rápido y fácil»<sup>4</sup>.

Algunos cambios en el pasado fueron inducidos por las propias élites o por contraélites representativas de movimientos sociales. Resulta así interesante el fenómeno actual de la formación de sujetos como actores individuales y colectivos, dada su espontaneidad, su carácter endógeno porque la elite no ha sido retada por alguna contraelite, y por la actual inoperancia o agotamiento de la eficacia de las clásicas estrategias de la

---

<sup>2</sup> La esfera pública como espacio de controversia y control social a través de la prensa libre e independiente del sistema político-plutocrático, fue abruptamente cortada el 9 de noviembre de 1949 por el presidente Mariano Ospina Pérez; luego continuó el vacío por efecto de los regímenes autoritarios de Laureano Gómez y el general Rojas Pinilla, quienes mantuvieron la censura de prensa. Durante el Frente Nacional persistió la ausencia de esfera pública debido a la incorporación de los medios de comunicación a la estructura del poder, al apoyo que le concedieron a la clase política corrupta y a la manipulación del «inepto vulgo» a través de la desinformación, los silencios y las complicidades.

<sup>3</sup> María Teresa Uribe de Hincapié: «La política en tiempos de incertidumbre» en *Estudios Políticos* N° 4, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, Medellín, pp. 13-26.

<sup>4</sup> PNUD: *La dimensión política del desarrollo humano*; PNUD, Santiago de Chile, 1994, p. 267.

dominación (represión y cooptación de la *intelligentzia* y de personas con alguna capacidad de liderazgo social).

La nueva mentalidad social fundamentada en la autocreación del Sujeto (Touraine y otros autores escriben el sustantivo con mayúscula inicial) puede ser constatada por diversos métodos o desde varias disciplinas, por investigaciones experimentales (micro) o por observación sociológica o psicológico-colectiva desde los enfoques interpretativo, hermenéutico y fenomenológico, además del empiricista (los autores etnometodólogos ya han hecho algunos aportes en el nivel micro)<sup>5</sup>. Aquí se verifica el fenómeno emancipador de la *subjetivación*, por el análisis del comportamiento electoral, en las elecciones de alcaldes del 30 de octubre de 1994. En estos comicios sólo se requirió el posicionamiento de un candidato a alcalde como candidato *cívico-independiente* (C-I), confrontando a los candidatos inscritos como liberales y conservadores. La simple diferenciación de la oferta electoral (entre tradicionales y no-tradicionales) convirtió en nuevo actor político local al candidato C-I y dondequiera se presentó espontáneamente un candidato anti-tradicional recibió en las urnas el apoyo de la mayoría de los electores.

Si liberales y conservadores –la vieja clase política– hubiesen acordado presentar un solo candidato, también habría sido derrotado por el cívico-independiente, como sucedió en siete de los nueve municipios en los que hubo candidatos anti-tradicionales<sup>6</sup>. En el conjunto de estos municipios la suma de votos recibidos por los C-I fue de aproximadamente 850.000, frente a 450.000 de todos los candidatos liberales y conservadores; los C-I obtuvieron dos tercios del total. Por primera vez desde 1850 estos municipios tienen un alcalde desvinculado de los partidos tradicionales y elegido en medio de luchas conflictivas aunque no violentas.

En todos los casos se trató de acciones colectivas locales viabilizadas por la oportunidad, la decisión de una persona o un pequeño grupo, desvinculados los partidos tradicionales, de liberar la localidad del dominio de la clase política. En aquel momento no existía un movimiento C-I estructurado en otro nivel que el local, en tales municipios. Por tanto fue una eficaz improvisación endógena, una acción colectiva sin recursos para financiar la campaña electoral, y sin un referente hacia algún movimiento político establecido ni patrocinio alguno simbólico proveniente de los niveles nacional o departamental.

---

<sup>5</sup> Un ejemplo de investigación de las mentalidades políticas populares a nivel latinoamericano es la reciente obra de Marta Harnecker: *Haciendo camino al andar*, FLACSO-LOM Editores-MEPLA, Santiago, 1995, en la que se transcriben entrevistas intensivas con la gente y las autoridades de gobierno municipales de la región ganados en elecciones por partidos populares.

<sup>6</sup> Se trata de los municipios de Bogotá, Barranquilla, Cúcuta, Pasto, Montería, Ríoacha, Sogamoso, La Dorada, San Alberto y Yondó-Casabe.

Por su parte, la masa de votantes C-I en octubre de 1994 no tenía una pertenencia a un supuesto movimiento C-I. Los individuos realmente independientes (por autoidentificación como tales, según encuestas) no eran hasta entonces más de un tercio del total de la población adulta, mientras dos tercios o más eran personas que no habían roto totalmente su adscripción a un partido tradicional; aun cuando sí –en un grado variable de intensidad– su clásico sometimiento de lealtad hacia el liberalismo, en mayor proporción que en el caso del conservatismo. Una hipótesis es la del comportamiento del electorado como *masa* en elecciones presidenciales, como *comunitario* en las de alcaldes, y como *clientelas* en las de corporaciones.

Los cambios sicológico-colectivos han acontecido sorprendentemente en un entorno carente de oposición a cualquier cosa: al régimen, al sistema bipartidista, al gobierno, a la internacionalización, etc. Y lo que es más singular, un ambiente en el cual, en el período 1949-1994, el vacío de oposiciones<sup>7</sup> no alcanzaba a ser compensado en mínimo grado por el ejercicio de una teoría crítica en los niveles académico y de opinión pública.

La emancipación de las constrictivas estructuras culturales de pertenencia y fidelidad del bipartidismo tradicional, siendo un paso necesario en un proceso de democracia participativa, es insuficiente si no resuelve los problemas de estructuración orgánica e ideario. Tras las experiencias dramáticas de ANAPO en 1970 y AD M-19 en 1990, se corre el riesgo de desembocar en un populismo de tercera generación<sup>8</sup>. Como bien lo señala Touraine, las innovaciones sociales se frustran cuando los nuevos movimientos sociales, al ser «privados de una elaboración intelectual, caen en un moralismo sin sentido o en un pragmatismo de corta visión»<sup>9</sup>.

## Reconstrucción de la esfera pública

---

<sup>7</sup> Durante un período no muy prolongado, el MRL de López Michelsen hizo un poco de oposición al régimen y una crítica moderada a los gobiernos de Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia, antes de su disolución oportunista y claudicante en 1966. Desde entonces hasta hace sólo pocos meses el vacío de oposición ha sido absoluto.

<sup>8</sup> Pedro Santana Rodríguez escribe: «El ascenso (de ANAPO) fue vertiginoso como también lo fue su derrumbe. Este movimiento populista fue incapaz de construir una alternativa orgánica seria frente al bipartidismo compulsivo que nos ha gobernado. Desde la izquierda tampoco se logró articular una respuesta democrática»; v. «Modernidad y democracia» en Miguel Eduardo Cárdenas (coord.): *Modernidad y sociedad política en Colombia*, FESCOL-IEPRI-Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1993, pp. 237-316. En el caso de la segunda generación de estos movimientos, la frustración que dejó no sólo comprendió a los excluidos de la sociedad, sino a los intelectuales que apoyaron al M-19 después de su desmovilización guerrillera; v. Adolfo Alvarez y Hernando Llano: «La AD M-19, ¿una tercera fuerza frustrada?» en *Revista Foro* N1/4 24, 9/1994, pp. 63-75.

<sup>9</sup> V. *¿Qué es la democracia?*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1994, p. 184.

La política sólo existe –escribe Lefort– donde hay una diferencia entre la esfera en la que los hombres se reconocen como ciudadanos, cada uno al otro, mientras comparten un mundo común. ... Donde la distinción entre las esferas privada y pública llega a ser opacada, ambas desaparecen. Lo que surge es algo que podría ser llamado 'lo social', una vasta organización de redes de numerosas relaciones de dependencia, la cual es gobernada por un aparato dominante.<sup>10</sup>

En su dimensión empírica, los conceptos normativos de ciudadanía, sociedad civil, sociedad política o espacio político, esfera pública y relación privado/público, todos ellos con referencia al Estado y a los poderes, ahora están siendo investigados, no sólo por politólogos y sociólogos sino por los historiadores latinoamericanos y «latinoamericanistas» extranjeros. Tras la saturación de la investigación economicista, la «novísima» historia liberal está ocupándose de lo social y lo político con base en las expresadas categorías analíticas<sup>11</sup>. Un hallazgo importante en estos trabajos –que tienden a colocar en segundo plano a lo económico y al Estado como agencias de dominación– es la falsedad de la teoría del desarrollo político progresivo, en el caso latinoamericano. Se ha documentado que en los niveles nacionales o subnacionales de la región, históricamente se han alternado períodos de *expansión* y *angostamiento* o *contracción* de las sociedades civiles; de presencia o casi ausencia de las esferas públicas. En algunos casos se advierte sobre la colonización estatal del «mundo de la vida» (tanto de la esfera pública como de la privada). Asimismo, se registran situaciones de privatización de lo público y del poder del Estado (corporativismo, clientelismo, autoritarismo, etc.)<sup>12</sup>.

En Colombia no pudieron desarrollarse históricamente las categorías normativas liberales y liberal-democráticas de sociedad civil, ciudadanía<sup>13</sup>,

<sup>10</sup> C. Lefort: «La representación no agota la democracia» en *¿Qué queda de la representación política?*, CLACSO - Nueva Sociedad, Caracas, 1992. Sobre «lo moderno como separación de lo social y lo político», v. Toni Negri: *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Libertarias/Prodhufo, Madrid, 1994, pp. 394-408.

<sup>11</sup> Tales son los conceptos heurísticos utilizados en gran parte de las ponencias presentadas en el seminario sobre «La ciudadanía política en América Latina en perspectiva histórica», convocado por el IEPRI y el Social Science Research Council (Bogotá, agosto de 1995); v. especialmente los trabajos presentados por Carlos A. Forment, Gerardo Caetano, y Marcello Carmagnani y Alicia Hernández Chávez.

<sup>12</sup> La profesora María Teresa Uribe de Hincapié, señala que en Colombia, «en el viejo modelo de la matriz Estado-céntrica, el ámbito de lo político y de lo público eran más visibles y reconocibles ... los proyectos políticos estaban orientados fundamentalmente hacia la conservación del Estado. Bajo este modelo, entonces, lo público y lo estatal terminaron por coincidir», ob. cit., p. 22.

<sup>13</sup> La noción demoliberal de «ciudadanía» ha tenido importancia en las últimas décadas, en los trabajos empíricos de T.H. Marshall (con su modelo desarrollista aplicable a Gran Bretaña, mas no al Tercer Mundo) y otros cientistas sociales de la modernidad (desde Reinhard Bendix), lo mismo que en las teorías normativas de los liberales contemporáneos según los siguientes enfoques: el liberal o social-demócrata de John Rawls; el neoliberal de Nozick, y el comunitarista o cívico-humanista (en su vertiente republicana y correctiva del liberalismo individualista, la «ciudadanía social» de Michael

Estado de derecho, elecciones competitivas y juego limpio de la política. Sin embargo, el autoritarismo de los sucesivos y prolongados regímenes de partido-Estado (las llamadas «hegemonías» partidarias estructurales que se alternaron con posterioridad al período de la Nueva Granada) no impidió la existencia de una dinámica *esfera pública* –de naturaleza *liberal*, esto es, no socialdemocrática– en la que los actores demandantes de los derechos y garantías constitucionales conculcadas por tales regímenes fueron eminentes periodistas en ejercicio, brillantes intelectuales pertenecientes a las elites culturales u oligárquicas, y a la vez dirigentes del partido o elites opositoras. Desde las postrimerías de la colonia (bajo el despotismo ilustrado de Carlos III) los precursores de la Independencia fueron los «teóricos críticos» modernos de la Epoca.

La esfera pública liberal fue institucionalizada y activada en la práctica, a raíz de las tempranas disputas elitistas por el poder, inmediatamente después de la Independencia, en los años 20 del siglo XIX (centralistas vs. Nariño; santanderistas vs. bolivaristas), permaneciendo como una institución liberal hasta su destrucción casi total durante el régimen de La Regeneración (1885–1904).<sup>14</sup> No sería hasta 1910 (tras la guerra de los Mil Días y el quinquenio de Rafael Reyes), cuando sería reconstruida la esfera pública, con a) la refundación del periodismo independiente del Estado-partido; y b) la emergencia de la esfera intelectual sociocultural que incluyó el movimiento educativo modernizador. Estos espacios públicos se expandieron en los años 20, permaneciendo vigentes hasta 1949, cuando fueron brutalmente destruidos, y luego del interregno violento y autoritario no reconstruidos por el Frente Nacional.

Bajo este régimen<sup>15</sup>, en su estructura de poder se establecieron la burocracia del Estado bipartidista, el sistema económico (incluidos los latifundistas) y el conjunto de los medios de comunicación (prensa, televisión y radiodifusión). Los 45 últimos años (1949-1994)<sup>16</sup> han sido un largo paréntesis histórico de la esfera pública y del espacio intelectual

---

Walzer) (según la clasificación de Ricard Zapata Barrero: «Hacia una teoría normativa de la ciudadanía democrática» en *Leviatán* N1/4 59, Madrid, 1995, pp. 77-90. V. también Roberto Alejandro: *Hermeneutics, Citizenship, and the Public Sphere*, State University of New York Press, Ithaca, 1992; y Chantal Mouffe (ed.): *Dimensions of Radical Democracy, Citizenship, and Community*, Nueva York, 1992.

<sup>14</sup> En vista de que desde 1887, se permitió la intermitente publicación de *El Espectador* en Medellín, con una circulación modesta y un impacto político limitado localmente, en un territorio que siempre fue dominado por el conservatismo.

<sup>15</sup> «La debilidad de la sociedad civil y de las formas de organización democráticas de la población responsables de frenar la violencia y de crear una cultura de la tolerancia y de la participación, han chocado con una mentalidad y con unas políticas gubernamentales tendientes a favorecer siempre a los poderosos», ha escrito Pedro Santana Rodríguez (ob. cit., p. 273). Adelante añade: «Uno de los rasgos distintivos del Frente Nacional es que durante su vigencia se legitimó el clientelismo y con él se hizo dominante la tendencia de la privatización del Estado» (p. 291).

<sup>16</sup> Con la excepción expuesta en la nota 5.



crítico, caracterizado por la manipulación massmediática de la opinión pública, los silencios cómplices de los medios con las vergonzosas conductas del régimen<sup>17</sup> y la sustitución de la crítica moderna por la academia tecno-económica instrumental<sup>18</sup>.

La reciente recuperación de la extraviada esfera pública *liberal* en Colombia es un proceso en curso, aún no consolidado pero al parecer irreversible –al menos en el corto plazo–, en el que convergen la subjetivación colectiva y el divorcio (diferenciación) entre los medios de comunicación y el Estado bipartidista, al que previamente se hallaban acoplados. Este trascendental hecho ocurrió en los primeros meses de 1995, cuando la prensa diaria bogotana –en su totalidad– permitió la difusión de los comentarios críticos de sus columnistas y abandonó su prolongada actitud de encubrimiento acerca de la corrupción del régimen, del modelo de desarrollo y de las políticas de gobierno-Estado (mal llamadas «públicas»). El nuevo sistema de valores devino en cultura de la permisividad, y la indiferencia comprendió a la comunidad massmediática, a fin de no debilitar «las instituciones».

No obstante sus limitaciones, la vuelta de la esfera pública ofrece oportunidades para la acción de nuevos agentes sociales a través de alianzas electorales concertadas; genera la posibilidad de escapar de la apoliticidad y la entrada al juego de la política; agudiza la visión crítica y el control de la burocracia, propio de las oposiciones. En otras palabras, a la actual oposición interna al gobierno –la división de las elites políticas por un adecuado posicionamiento para las elecciones presidenciales por venir– podría seguir más tarde la formación de una oposición al *establishment*, en busca de un nuevo orden democrático. En este cambio no se hallan interesados ni el nuevo corporativismo que continúa aliado o soporte de la clase política corrupta, ni las flamantes «oposiciones» de entrecasa.

---

<sup>17</sup> «El periodismo antes claudicante y sumiso, ya de manera casi unánime está ocupando su puesto de fiscal del poder corrupto» (Juan Carlos Pastrana) en *La Prensa*, 9/9/95, p. 6. Por otra parte, Juan Gabriel Tokatlian, en un comentario titulado «Samper tiende a parecerse a Turbay» manifiesta: «Turbay cedió autonomía a cambio de un apoyo firme de las Fuerzas Armadas, y de una notable influencia de los gremios. *Al régimen lo apuntalaban los grandes medios de comunicación*» en *El Tiempo*, 10/9/95, p. 6-A (cursivas añadidas).

<sup>18</sup> Pierre Gilhodes, académico francés que conoce bien Colombia, escribe: «Los partidos parecen estar demasiado vinculados a los grandes grupos económicos. Estos cuatro o cinco grupos controlan directa o indirectamente los principales medios de comunicación y son los encargados de proporcionar la financiación privada de las campañas políticas, que en Colombia no va a manos de los partidos sino de los propios candidatos. ... Los traficantes de la droga actúan de la misma manera aunque en forma clandestina» («Los partidos políticos, 1990-1995» en Francisco Leal Buitrago (coord.): *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, Tercer Mundo Editores-IEPRI-Colciencias, Bogotá, 1995, pp. 63-92.

Las ideas críticas que ahora están difundiendo los medios impresos son opiniones individuales que a su vez son generadoras de opinión pública –tanto de conformismo como de oposición política–, mientras los audiovisuales al parecer estarían prescindiendo de un autocensura consuetudinaria, al presentar las noticias de un modo menos manipulador, dentro de las restricciones impuestas por la publicidad comercial, el control gubernamental y los condicionamientos económicos de los plutócratas. La independencia y la apertura hacia la crítica se circunscribe por ahora a la prensa bogotana. La periférica posee una circulación regional considerable, pero es más comercial, oportunista y servil al interés económico y político de las oligarquías locales (sobre todo en Cali, Medellín y Barranquilla); sin embargo, en su momento se adecuará a las demandas de sus lectores, en la medida en que se expandan las ondas de opinión definida cuyo epicentro es la capital.

La transferencia del espacio de generación de opinión pública, del antiguo *locus* político partidista y parlamentario, a la nueva esfera pública fundamentada en los medios, coloca en primer plano, en calidad de actores públicos, a los comentaristas de la prensa que están escribiendo con independencia crítica.

La nueva esfera pública coincide con la profundización del corporativismo y el clientelismo; la pérdida de legitimidad social del clásico espacio político basado en parlamento, partidos y elecciones; el surgimiento del nuevo espacio político basado en la mass-mediación, esto es, una realidad virtual en la que las opiniones públicas son medidas por firmas encuestadoras no siempre neutrales, y son influidas por los propios opinantes y por los comentaristas críticos de la prensa o por los intelectuales orgánicos del régimen, incluidos los ejecutivos de los gremios para la defensa de los intereses privados.

La nueva esfera pública irrumpe ruidosamente en los primeros meses de 1995, cuando los medios informan sobre la penetración del narcotráfico en la campaña presidencial, y la prensa desplaza al parlamento y ocupa el vacío de liderazgo partidario, en tanto espacio de generación de opiniones públicas. Los mensajes son básicamente dos: los de intelectuales y periodistas orgánicos del establecimiento del poder, y la de los escritores públicos, y periodistas ajenos al establecimiento y a su régimen –cuyo influjo eventualmente podría ser considerado como germinal de una nueva esfera pública *democrática-social*. Unos y otros coinciden en la necesidad de hallar la verdad acerca del financiamiento de las campañas con fondos provistos por el cartel de Cali, y en la necesidad de depurar la clase política corrupta, moralizar la burocracia y efectivizar



la función pública<sup>19</sup>, cada vez más distante de la gente. Sin embargo, los dos grupos críticos también difieren en los objetivos:

1. Los críticos intra-élite reflejan la división doméstica del establecimiento plutocrático, que busca relegitimar el régimen y profundizar el suspendido proceso neoliberal. El vacío de liderazgo político es superficialmente resuelto por el temprano posicionamiento – con lógica estratégica reproductiva del régimen y de retorno de los *technopols*, de su dorado exilio en Washington – de los precandidatos presidenciales de la familia neoliberal «gavirista». Disponen del apoyo de *El Tiempo*<sup>20</sup>, además de los diarios conservadores de Bogotá (*La Prensa* y *El Nuevo Siglo*), y la revista *Semana*.

2. El discurso de los comentaristas críticos que poseen espacios en *El Espectador* y en otras publicaciones, es de corte democrático (más o menos liberal o social). No basta la depuración de la clase política corrupta, es necesario inducir un *nuevo orden social* que prescindiera del neocorporativismo, renueve las estructuras de poder político con actores representativos de las clases subalternas, y propugne un modelo de desarrollo inclusivo basado en la redistribución del ingreso. El retraso de la organización de movimientos democráticos no le ofrece una oportunidad inmediata a esta opinión pública, pero a diferencia del cuatrienio 1990-94, el establecimiento neoliberal que se apresta a retornar, deberá enfrentar una oposición, intelectual y popular, esto es, la entrada en acción del movimiento hoy latente por el nuevo orden. El retorno neoliberal será su oportunidad. En este grupo, ya son actores reconocidos los intelectuales críticos de *El Espectador*<sup>21</sup> y junto a ellos, desde otras tribunas, los orientadores de la prensa alternativa<sup>22</sup> y un

---

<sup>19</sup> Acerca de las políticas sociales, Francisco Leal Buitrago comenta que «dejan serias dudas sobre su efectividad, no solamente por la manera como han sido formuladas y manejadas por el gobierno, sino también por los condicionamientos que ellas han experimentado» [F. Leal B. (coord.): ob. cit., p. 16.] Se podría añadir que en la era global post-burocrática la planificación es un proceso superado, no obstante lo cual en Colombia tomó casi un año la elaboración y aprobación del plan ordenado por la Constitución.

<sup>20</sup> En *El Tiempo*, los principales comentaristas críticos son el precandidato presidencial Juan Manuel Santos, Enrique Santos Calderón, Francisco y Rafael Santos –todos miembros de la familia propietaria de la empresa editorial– y sólo unos pocos ajenos a ella (notablemente Hernando Gómez Buendía y Rudolf Hommes).

<sup>21</sup> Encabezados de vieja data por los intelectuales Jorge Child, Ramiro de la Espriella, Alfredo Vázquez Carrizosa y el caricaturista Osuna, se han sumado a paulatinamente otros escritores. En vista del descentramiento del espacio político estas personas son mucho más que simples comentaristas: son los nuevos actores públicos de los movimientos emergentes por un nuevo orden social democrático.

<sup>22</sup> La más importante a nivel nacional es *Caja de Herramientas*, dirigida por Pedro Santana, quien también preside la Corporación S.O.S. Colombia - Viva la Ciudadanía. Se han publicado 31 números desde su fundación en 1991. Entre otras publicaciones se destacan las revistas universitarias de las ciencias sociales, y la de mayor difusión, editada por el CINEP, titulada *Cien Días*. Se anuncia la próxima publicación de una

amplio número de otros intelectuales enseñantes e investigadores de las ciencias sociales.

En Colombia, el cierre de la esfera pública en 1949 significó el fin del campo intelectual, cuyos actores combatieron con ideas –en la prensa y en establecimientos educativos– por la modernidad, unos, y por la sociedad sagrada, otros. Si bien la modernidad no se logró con la modernización tradicionalista del Frente Nacional, el pacto oligárquico desvaneció ese antagonismo ideológico y práctico. Quedaron pendientes otros asuntos trascendentales, como los problemas de la democracia, la distribución social del producto, el Estado de derecho y otros concernientes a la propia noción de modernidad. No obstante, esta temática no pudo ser discutida en el campo intelectual, el cual no fue reconstituido. Múltiples han sido las estrategias puestas en práctica por la elite bipartidista para impedirlo: cierre de acceso a los medios de comunicación, políticas educativas (privatización de la universidad pública, limitaciones económicas y cognitivas para el ingreso, cierre de facultades de sociología, etc.), rígido control de la agenda pública y otros actos instrumentales perversos.

En su lugar, y con la finalidad de instrumentar la reproducción objetiva y biológica del establecimiento, se creó un espacio espurio, un coto cerrado para la conversación pública deferente y poco entretenida por su falta de originalidad, por parte de los *technopols*<sup>23</sup>. Estos actores intercambian públicamente ideas sobre las variables macroeconómicas, los del polo dominante desde el neoclasicismo, y los del polo dominado desde el keynesianismo, antes, y ahora desde el neo-estructuralismo.

Los intelectuales socioculturales no han logrado constituir su campo. Los académicos de las ciencias humanas se hallan atomizados. El profesor Touraine expresó recientemente en Bogotá<sup>24</sup> que no es posible salir del caos y transitar el sendero de la democracia, sin la práctica de una esfera intelectual activa.

### **Descentramiento del poder del Estado**

El descentramiento sistémico de lo político y del Estado –la pérdida de su centralidad y su autonomía relativa– ha sido provocada por su

---

revista según el modelo y la orientación ideológica del semanario *Alternativa del Pueblo*, que dirigió el respetado maestro Orlando Fals Borda entre 1974-75.

<sup>23</sup> Abreviatura de «politécnicos» en el lenguaje de los organismos internacionales con sede en Washington. John Williams es autor de un documento titulado *Search of a Manual for Technopols* (1993). El grupo de politécnicos neoliberales del «gavirismo», ahora congregado en esa ciudad, aparece con nombres propios y en un mosaico de fotografías personales, en *El Espectador*, 10/9/95, p. 1-E.

<sup>24</sup> En la conferencia «América Latina: entre la integración y la exclusión» pronunciada en la Universidad Nacional, 8 de septiembre de 1995.

deslegitimación y por su desplazamiento por parte de lo económico, esto es, de los dos subsistemas de redes del capital (el visible y el subterráneo) que se integran en el ámbito del mercado. El Estado-centrismo es un hecho histórico ya trascendido, lo cual hace de su recentramiento sistemático una propuesta en una agenda democrática –una vez llegue a adquirir en la realidad la desconocida esencia de Estado social–, o aun de Estado de derecho liberal.

Más importante que esa mutación superestructural es el comportamiento colectivo de la población, provocado por el derrumbe moral y político (crisis ética, hegemónica y estatal). En un entorno desestructurado y de descomposición, la alienación y la pasividad se transforman en diversos modos de (re)acción colectiva. Las mayorías políticamente indiferentes ahora empiezan a interesarse por los asuntos públicos, así continúen sumidas en el abstencionismo electoral; las minorías que concurren a las urnas están abandonando la adscripción histórico-cultural a los «partidos» tradicionales y las minorías rebeldes están siendo más activas y crecientes. Pese a su impotencia, desorganización, falta de liderazgo y a la persistencia de la represión estatal y para-estatal, las mayorías automarginadas de la acción social y las minorías electoralistas, están siendo sensibles a la búsqueda de un *nuevo orden social y político*.

Los actores de la Carta de 1991 imaginaron una sociedad política abierta, algo que no pudo efectivizarse debido al fiasco de la AD M-19, a la ausencia de liderazgo independiente, y porque en la coyuntura post-constitucional inmediata aún no se había presentado con tanta visibilidad el patrimonialismo de las elites y la honda penetración del narcotráfico en el Estado y en las campañas electorales. Así, lo ético ha sido el precipitante del cambio de actitudes y del comportamiento electoral, de los procesos sociales ético-reactivos, mientras proseguía el proceso corriente de subjetivación, que es sustantivamente diferente del proceso de modernización alejado de la modernidad<sup>25</sup>.

### **El voto cívico-independiente**

Según su adscripción o desvinculación (definitiva o transitoria) de los partidos políticos tradicionales, en las elecciones colombianas hay tres tipos de electores: los tradicionales; los independientes, y los *switchers*<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> Véase Donald Granberg y Thad Brown: «On Affect and Cognition in Politics» en *Social Psychology Quarterly* N1/4 52, 1989, pp. 171-182.

<sup>26</sup> Ricardo García Duarte se refiere a dos tipos de voto: el de clientelas partidistas tradicionales y el *voto de opinión*. A éste lo subdivide en dos categorías: la de independientes y la que él denomina *normal*, que guarda identidad con un partido; v., de este autor, «El mercado político y la lógica de clientela» en *Foro* N1/4 23, 4/1994, Bogotá, pp. 17-25; Fernán González también relaciona el voto no-tradicional con el «voto de opinión»; v. «Elección presidencial: ¿Opinión, imagen o maquinaria?», en *Política Colombiana* vol. 4, N1/4 4, Bogotá, 1994, pp. 25-32. En el presente ensayo el voto

El *tradicional* expresa su pertenencia liberal o conservadora; es un votante más o menos regular por los candidatos o listas que se presentan en nombre de su respectivo partido, y el móvil de su fidelidad suele estar referido a una racionalidad instrumental como beneficiario del sistema bipartidista, o bien puede ser un votante expuesto a la manipulación de los medios, así como también un elector sincero, espontáneo y hasta ingenuo (no son escasos los socialmente excluidos que votan por los responsables de su condición social marginal). Cabe así distinguir dos sub-tipos: el tradicional fiel y el utilitarista tradicionalista. Sumados han congregado la mayoría en casi todas las elecciones.

El *independiente* corresponde a una categoría muy precisa y estadísticamente discreta. Es una persona que en las encuestas por muestreo revela su desvinculación absoluta de ambos partidos tradicionales. Potencialmente, una parte de estos individuos podría comprometerse con un tercer partido o movimiento político que posea credibilidad y guarde relación con alguna tendencia programática. Sin embargo, ante la carencia de tal alternativa, en la práctica los independientes que deciden concurrir a las urnas, se ven compelidos a votar por un candidato tradicional, generalmente como un modo de votar en contra de otro tradicional (voto-castigo). El voto independiente, en magnitud variable, se ha hecho presente en las elecciones presidenciales desde 1970 hasta hoy, retrayéndose en las elecciones parlamentarias y en las de autoridades y asambleas sub-nacionales. No obstante, por primera vez en forma masiva, los independientes se sumaron a los cívicos en los comicios de alcaldías celebradas el 30 de octubre de 1994, en los 10 municipios donde se presentaron candidatos independientes. Por carecer de identidad partidaria es una «masa crítica» de volátiles, la cual es complementada por el siguiente tipo de votante.

El *switcher*<sup>27</sup> es un elector que conserva su adscripción partidaria tradicional cuando vota por candidatos de otros partidos distintos del de su pertenencia. Hay dos clases de *switchers*: a) el clásico, que en escaso número y en forma ocasional ha venido cruzando su voto en elecciones presidenciales desde 1970 hasta hoy, generalmente con un voto negativo en contra de su copartidario; y b) el *nuevo switcher* es un fenómeno

---

independiente no es sólo el de opinión o cognitivo sino también el de la población de bajos niveles de educación e información, que se identifica como tal y vota motivada por emociones o por racionalidad crítica, como la reactividad ante la crisis ética que es atribuida a determinados actores o agencias.

<sup>27</sup> Dos especialistas en análisis electoral estudian la volatilidad con base en series de encuestas pre y post-electorales que registran las intenciones de voto y la conducta, un mejor método que el de variaciones de simples resultados en serie, de Crewe y Denver; v. Donald Granberg y Soren Holmberg: «Election Campaign Volatility in Sweden and the U.S.» en *Electoral Studies* N1/4 10, 1991, pp. 208-230. La conocida obra de Crewe y Denver fue publicada en 1985 (Croom Helm, Londres).

reciente y de gran importancia por su carácter masivo. En su mayoría son liberales desencantados (también conservadores, en menor proporción) que votan por un candidato independiente sin desertar de su identidad partidaria tradicional. En octubre de 1994 este subtipo llegó a tener gran tamaño relativo en las elecciones de alcaldes, en los diez municipios donde los C-I obtuvieron holgadas mayorías. Este electorado de nuevo tipo, antes desconocido es el *cívico*.

La presencia del elector *cívico* requiere necesariamente de una oferta en la que frente a uno o más candidatos tradicionales, compita un auténtico independiente. En los comicios municipales de 1994 hubo una confluencia de dos tipos de electores por el candidato no-tradicional: los propiamente *cívicos* (mayoritarios) y los *independientes* (minoritarios). Esta masiva volatilidad hizo evidentes los avances en el proceso de subjetivación colectiva, cuatro meses después de la segunda ronda presidencial –comicios en los que los C-I no pudieron manifestarse por ausencia de un candidato independiente auténtico.

Dado que hasta ahora las elecciones presidenciales han estado dominadas por votantes tradicionales e independientes sin alternativas políticas, es una incógnita la respuesta de los *cívicos* locales a la virtual presencia de candidatos independientes en las presidenciales de 1998. El fenómeno de la erosión de las lealtades partidarias tradicionales es reciente, con perfil tan acentuado que induce a suponer un cambio cualitativo hacia a una fuga al tipo de elector *independiente*. Este, el elector *cívico* y el *switcher* ya no están votando por un partido sino por un candidato<sup>28</sup>.

**Los tradicionales.** En 1990-94 se acentuó la crisis electoral de los partidos tradicionales, disminuyeron las tasas de participación electoral y las tasas de arrastre de los partidos. En las elecciones para el Senado en 1990 se contaron 4.700.000 liberales y en 1994, un poco menos de 3 millones. En las presidenciales de 1994 Samper obtuvo poco más de 3.700.000 votos, de los cuales 3.200.000 partidarios y 530.000 entre independientes y *switchers* clásicos<sup>29</sup>. La votación conservadora para senado y cámara es siempre inferior en comparación con las que obtienen esos partidarios en las otras clases de comicios. En 1990 votaron por Pastrana poco más de 2.500.000 conservadores; 670.000 independientes y 350.000 *switchers* clásicos<sup>30</sup>.

**Los cívicos.** Como se vio en los comicios de 1994, los nuevos *cívicos* tienen un potencial relativamente enorme en elecciones de alcaldes. Sin

<sup>28</sup> Véase Martín Wattenberg, «The hollow realignment: partisan change in a candidate-centered era» en *Public Opinion Quarterly*, vol. 51, 1987, pp. 58-74.

<sup>29</sup> Véase Oscar Delgado y Miguel Eduardo Cárdenas: «Franja electoral y opinión crítica en Colombia» en *Foro* N1/4 24, 9/1994, Bogotá, pp.76-89.

<sup>30</sup> *Ibíd.*

embargo, no todos los votos percibidos por los movimientos C-I corresponden a cívicos. Se estima que de los 850.000 votos C-I, 550.000 fueron emitidos por *switchers* cívicos (400.000 liberales y 150.000 conservadores); y 230.000 por independientes y 70.000 por adherentes a la AD-M19. En resumen, casi dos tercios por C-I y un tercio por los tradicionales. En Bogotá, según encuesta del CNC<sup>31</sup>, de un total de casi 500.000 votos por Mockus, los cívicos fueron 270.000 (190.000 liberales y 80.000 conservadores); otros 190.000 independientes; 20.000 de la AD-M19, y 12.000 sin información identitaria. Es importante señalar que en los municipios mencionados la acción colectiva de los C-I no incrementó la votación total, lo que significa que el nuevo comportamiento se imprimió sobre los votantes habituales. El abstencionismo crónico apenas habría sido removido en mínima parte, no obstante la movilización electoral de los C-I.

El primer movimiento C-I auténtico fue el de Barranquilla en 1992, que eligió alcalde al sacerdote Bernardo Hoyos. Ese logro fue reeditado en 1994 y también en Bogotá, Cocuta, otras cinco ciudades intermedias y en sólo dos municipios rurales.

**Los independientes.** Según encuestas, la población colombiana ha mantenido algún grado de identificación con los partidos tradicionales en una proporción de dos tercios, mientras el tercio restante declara su independencia. Habría entonces más de ocho millones de electores que no se identifican con el liberalismo ni con el conservatismo. Al igual que los 16 millones de tradicionales, los independientes son en su mayoría abstencionistas (en mayor proporción los últimos). Hay unos seis millones de tradicionales y dos millones de independientes que en proporciones variables, según coyunturas, se hallan motivados para votar y gran parte de ellos suelen hacerlo con cierta regularidad. Sin embargo, los independientes prefieren concurrir a las urnas en los comicios presidenciales y sólo en ínfima proporción a las demás elecciones.

Pese a ser una minoría en el conjunto de la votación, los independientes no sólo mejoraron sustancialmente las votaciones por López en 1974, por Barco en 1986, y por Gaviria y Navarro en 1990, sino que provocaron los cuasi-empates en los resultados de 1970, por su apoyo mayoritario a Rojas Pinilla, y de 1994, al preferir a Pastrana. Por último, fueron *decisivos* en el triunfo de Betancur en 1982, al votar en contra de la aspiración reeleccionista de López, no obstante su trasfondo liberal.

**Comunitarios y corporativos.** Aun cuando independientes respecto a los partidos tradicionales, entre los electores ha habido un segmento de naturaleza comunitaria y corporativa. Son grupos de votantes

---

<sup>31</sup> Agradecemos al director del CNC, doctor Carlos Lemoine, el acceso a los tabulados de la encuesta que ha permitido estos porcentajes.



relativamente pequeños, cuyas posibilidades de crecimiento han sido siempre limitadas por su propia condición. Sumados todos, no alcanzan a exceder el 5% de la votación total en cada elección. En cifras absolutas, en los comicios pre-constitucionales el Partido Comunista (una auténtica comunidad política territorialmente dispersa) difícilmente alcanzaba los 100.000 votos; ya en los post-constitucionales, las nuevas organizaciones comunitarias de otros órdenes (indígenas, cristianos y lunáticos) se han estancado, en el conjunto, en menos de 200.000 sufragios.

En las elecciones de delegados a la ANC hicieron su aparición, obteniendo 169.377 votos. En un nivel inferior han repetido en los subsiguientes comicios, y en los últimos (los subnacionales del 30 de octubre de 1994) la Unión Patriótica obtuvo 102.000 votos; 93.000 los cristianos y 65.000 la Alianza Social Indígena. Los grupos corporativos o de interés más importantes en las urnas son: a) el magisterio (movimiento denominado Educación, Trabajo y Cambio Social) cuyas listas obtuvieron 54.000 votos, con el apoyo de algunos sindicatos (previamente habían logrado uno de los 100 escaños básicos del Senado); y b) los pensionados por jubilación, que contribuyeron a la elección de un senador.

En 24 municipios de bajo tamaño demográfico, en el área rural (entre un total de alrededor de 1.050) estos grupos ganaron las alcaldías. En el parlamento, los comunitarios y corporativos han tenido algunos voceros, permeados por el ambiente institucional de conformismo y mediocridad. En síntesis, su influjo político ha sido y sigue siendo poco significativo. Como ha escrito un politólogo, «las minorías étnicas y religiosas ... están lejos de constituir una fuerza coherente, con un proyecto nacional alternativo»<sup>32</sup>.

### **Un nuevo tiempo**

El análisis del comportamiento electoral basado en índices de *viscosidad* y de *fluidez* es posible gracias a las encuestas pre y post-electorales que permiten cruzar las variables independientes de la (auto)identidad partidaria tradicional con la variable dependiente del voto. La viscosidad es alta si estos partidos pueden retener en los comicios la fidelidad de los partidarios, esto es, contener la deserción ocasional de los *switchers* clásicos o nuevos.

En Colombia la volatilidad es alta, pero no se presenta tanto en términos interpartidarios, sino por la entrada (o salida) de los independientes al escenario electoral, siempre en comicios presidenciales, o a la categoría mixta cívico-independiente, en comicios municipales de alcaldes en

---

<sup>32</sup> Eduardo Pizarro Leongómez: «Elecciones, partidos y nuevo marco institucional: «¿En qué estamos?» en *Análisis Político* N° 22, 5-8/1994), Bogotá, p.90.

localidades de tamaño demográfico intermedio. En este caso los *cívicos* o no fieles y los independientes equivalen a volátiles. Recuérdese que el electorado cívico sólo puede manifestarse en la arena electoral cuando en la localidad hay un liderazgo C-I posicionado.

Las encuestas indican además la fragmentación de los *independientes*, quienes distribuyen su voto entre todos los candidatos presidenciales, si bien en cada elección, uno de éstos consigue atraer a la mayoría de aquéllos, como en 1990 y 1994; o bien a casi la totalidad de los sufragios provenientes de tal categoría, como en 1970 (Rojas Pinilla), 1974 (López Michelsen), 1982 (Betancur Cuartas), y 1986 (Barco Vargas).

La pérdida de las lealtades partidarias de la población comprende no sólo a la gran mayoría que no vota, sino a la minoría que suele hacerlo por cualquier motivación o incentivo. La ruptura de los antiguos compromisos fue facilitada por la despolitización, y la consociatividad que derivó en la indiferenciación partidaria y la corrupción. En lo social privan la desintegración y la descomposición. En el interior de la estructura del poder, el estallido de los acontecimientos de 1995 fue provocado también por la fragmentación de las elites, especialmente las políticas, actualmente en relación de confrontación. Entre la minoría que vota, el incremento de los independientes y la retirada de un sector de los liberales urbanos determinó que en dicha estructura del poder, el liberalismo tradicional dejara de ser el eje del área política, después de haber sido hegemónico durante los 36 años de vida del Frente Nacional (1958-1994). El cambio se hizo notorio en las dos vueltas presidenciales de 1994, cuyos resultados fueron empates técnicos.

En la presente crisis no corre peligro la continuidad del régimen elitista - corporativo apoyado en el ejército, ante la ausencia de contra-élites y una notoria abulia popular. Lo que está en juego es la posición dominante de la elite neoliberal, derrotada en 1994 con el acceso de Samper a la presidencia, quien en procura de una esquiwa gobernabilidad y en pago de servicios prestados a su campaña, debió incrementar notoriamente la cuota burocrática de las redes clientelares patrocinadas por los parlamentarios liberales y conservadores de la vieja clase política.

Las actitudes de la población son polivalentes; según encuestas urbanas: a) más de un 80% condena enfáticamente la corrupción; b) apoya a precandidatos presidenciales anti-corrupción vs. un 24,1% en favor de precandidatos pertenecientes a la vieja clase política, o que cuentan con su adhesión, mientras un 14,1% rechaza a unos y otros (en parte porque pertenecen al pequeño grupo de comunitarios y corporativos electorales, y en parte porque votarían en blanco o anularían el voto).

Los dispersos sectores democráticos rechazan fuertemente la corrupción y el clientelismo, pero no logran articular un movimiento que les permita

posicionarse en el juego político y aprovechar la oportunidad de intervenir en medio de la crisis. Las banderas de la ética y la búsqueda de un orden social, han quedado así de hecho públicamente monopolizadas por la elite neoliberal congregada en torno del ex-presidente César Gaviria, que con el apoyo del voto urbano mayoritario se apresta a ganar las próximas elecciones presidenciales.

La población que asiste a las urnas electorales tiene un comportamiento múltiple. En elecciones presidenciales se libera de las redes clientelares, queda en situación manipulable por los medios que configuran las imágenes, y así es atraída a votar por candidatos elitistas. Inversamente, en elecciones parlamentarias el electorado –que en esta clase de comicios se ve menguado– sufraga por los «caciques» de la clase política, en retribución de servicios recibidos o por expectativas de beneficios personales o familiares. En ambas cámaras del Congreso, la gran mayoría de los parlamentarios (liberales, conservadores y de los pequeños movimientos comunitarios y corporativos) tradicionalmente hace causa común con los presidentes de turno, a cambio de acceso al *pork barrel*, a cuotas de contratos y a empleos en la administración. Esta práctica se llevó a cabo durante el gobierno de Gaviria, y ahora con mayor intensidad en el de Samper. El control negociado del órgano legislativo por parte del ejecutivo, ha sido normalizado durante el Frente Nacional, esto es, un patrón incesante, agravado durante los gobiernos de López, Turbay y Samper.

### **Hacia la hegemonía elitista neoliberal**

Los conflictos inter-élites, –de mayor visibilidad– han sido los de la alianza López-Turbay en contra de Carlos Lleras (en los 70), y –tras el interregno de arreglos internos y apariencia de consenso elitista en 1974-1994– ahora lo es el notorio de Gaviria vs. Samper.

La primera confrontación fue resuelta por la derrota de la hegemonía de la tecnocracia apadrinada por Carlos Lleras, y el ascenso y fuerte predominio del clientelismo acaudillado por Turbay y López, hecho que suscitó el movimiento de opinión pública encabezado por Luis Carlos Galán (asesinado en 1989). La de ahora se resolverá, sin duda, con la disminución del imperio del clientelismo pero no con su supresión, en vista del control casi absoluto del voto rural por parte de los «caciques», lo que les asegura su reelección al Congreso.

Desde el punto de vista de la población, si bien el próximo gobierno tendrá como beneficio la decadencia clientelar, la contrapartida será el costo social de la consolidación del modelo de desarrollo neoliberal, conducido por los *technopols* gaviristas, quienes lo aplicaron a medias durante el anterior cuatrienio: apertura mercantil internacional sin modernización del Estado ni reducción del gasto de funcionamiento.

La puesta en marcha de la estrategia gavirista incluye el posicionamiento temprano (¿oportuno?) del nuevo elenco elitista de aspirantes a la presidencia, quienes no alcanzan a llenar el prolongado vacío de liderazgo nacional ni de conducción partidaria. Ese nuevo elenco elitista, apadrinado y conducido por Gaviria, cuenta con el respaldo de la mayoría de la opinión pública urbana, según las encuestas, y ahora está, más que confrontando, hostigando al presidente Samper para inducirlo a renunciar al cargo, cuando aún le restan tres años del período constitucional.

En la encuesta más reciente<sup>33</sup> continua Noemí Sanín en la punta del *rating* de preferencias de la población urbana como candidata presidencial; gracias a la captación de la mayoría de los independientes en asociación con una minoría de conservadores y de liberales *switchers*. Queda así Andrés Pastrana (otro neoliberal confeso) con la mayoría del conservatismo y sin la mayoría de los independientes que votaran por él en 1994. A la población liberal, antes mayoritaria en elecciones presidenciales, ahora parcialmente en retirada, carente de un liderazgo visible, y desorientada, se le están presentando como precandidatos tres colaboradores de Gaviria a saber: al ex-ministro de gobierno y actual Vicepresidente, Humberto de la Calle; al ex-ministro Juan Manuel Santos, y al actual Fiscal General de la Nación, Alfonso Valdivieso (figura públicamente respetada por estar ejecutando una operación tipo *mani puliti*). En el ala samperista sólo tiene figuración en encuestas el actual ministro del Interior, Horacio Serpa Uribe, con un puntaje modesto en el sector urbano, que podría mejorar en elecciones, si la elusiva clase política liberal decide entregarle el voto rural que aún controla.

Los candidatos de la familia neoliberal gavirista gozan de la aceptación de más del 55%; los de la clase política liberal o «samperistas», un 16%; los de la clase política conservadora, casi un 8%; el populista Hoyos, poco más del 5%. Por último, una proporción significativa –el 14%– repudia a todos.

Desde otro punto de vista, el conjunto de candidatos conservadores congrega casi el 45% del total; el de los liberales, poco más del 35%; el populista, el 5% y las respuestas de no aceptación de ninguno de ellos, el 14%.

En comparación con la relación histórica, que ha sido en el sector macro-urbano de aproximadamente 2/3 de votación liberal y 1/3 de conservadora, puede inferirse una fuerte decadencia del liberalismo en

---

<sup>33</sup> La muestra al azar y estratificada fue tomada por el Centro Nacional de Consultoría, el 14 y 15 de septiembre de 1995. Los resultados que aquí se reproducen se refieren a la consolidación ponderada de las respuestas en el sectormacro-urbano (Bogotá, Cali y Medellín). Se hizo esta pregunta: «¿De los siguientes (personajes) cuál le gustaría a usted como presidente de la república?».

general, en las tres principales ciudades del país. Tal hecho no debe ser atribuido a una supuesta conservatización del electorado sino al concurso prestado por los votantes independientes a las figuras de origen conservador –sobre todo a Noemí Sanín– y adicionalmente al desaliento de un sector liberal que puede haber decidido pasar al abstencionismo electoral o al segmento de los independientes.

El proyecto de recuperación ética, la intervención electoral de los independientes y el movimiento elitista por entronizar el modelo neoliberal, podrían alterar el sistema de partidos. De una alianza entre neoliberales de los dos partidos históricos, y los independientes (viabilizada por Noemí Sanín) surgiría el nuevo partido o coalición neoliberal –un neo-bipartidismo– como eje dominante de la nueva estructura del poder, con alguna participación burocrática de la vieja clase política de ambos partidos. A ello se llegaría si Pastrana es declarado candidato único del conservatismo, caso en el cual Noemí Sanín continuaría su campaña en la primera vuelta, y cualquiera fuese el resultado de ésta, podría formalizar una coalición con el candidato (neo)liberal en la segunda vuelta.

Si bien el conservatismo podría continuar siendo un partido pre-moderno y clientelista en el Congreso, y a la vez modernizante en elecciones presidenciales, en el liberalismo parece ser inevitable la escisión en dos subconjuntos de redes, diferenciados desde puntos de vista ético e ideológico: a) el de la familia neoliberal, y b) el de la clase política, que continuará eligiendo a los «caciques» electorales al Congreso (salvo si mediante referendo constitucional se prohibiera la reelección por más de un período sucesivo).

Los sectores dirigentes democráticos –intelectuales, y también los pequeños y desarticulados grupos populares que escapan a las redes clientelares– fueron condenados a permanecer marginados de la actual oportunidad de ser actores con opción de juego en la lucha por el poder, en la coyuntura de crisis ética y del clientelismo, que les habría sido favorable. Por ser ya tarde, esos sectores ahora podrían prepararse para ingresar al campo político a través de la oposición al nuevo gobierno neoliberal que se perfila, sin mezclarse con la vieja clase política que haría resistencia, en el caso de no ser sobornada, como lo ha sido hasta el presente.

La gobernabilidad del presidente Samper ha sido puesta en duda. Cuando sólo ha transcurrido un año de su período cuatrienal (1994-1998) está siendo afectado por dos oposiciones diferenciadas: a) la de los intelectuales demócratas que escriben en *El Espectador*, y b) las de los grupos conservadores encabezados por Alvaro Gómez Hurtado\* y Andrés

---

\* Asesinado en octubre de 1995 en Bogotá [NR].

Pastrana. Los sectores más radicales al parecer persistirán públicamente en la petición de la renuncia presidencial. Los intelectuales *demócratas* rechazan la clientelización del gobierno y las conductas anti-éticas; consideran que el plan de desarrollo social es meramente incremental y asistencialista, e ignora absolutamente la redistribución de la riqueza y del ingreso<sup>34</sup>, y que el llamado «salto político» está diseñado para reciclar a la vieja clase política, con miras a reducir el alcance de las críticas independientes de los intelectuales y académicos, cuyo objetivo es sensibilizar a la opinión pública.

Los comentaristas de prensa y pequeños movimientos que reclaman la renuncia del presidente Samper, recuerdan que «para evitar mayores males a la nación», en el presente siglo tres presidentes abandonaron el cargo antes de finalizar sus períodos constitucionales (Rafael Reyes en 1909; López Pumarejo en 1945 y Rojas Pinilla en 1957), cuando fueron abandonados por la opinión nacional. Tal vez éste no sea el caso actual, si se tiene en cuenta que algo más del 50% de encuestados no halla oportuna la dimisión del presidente, cuando aún no ha culminado la investigación de la Fiscalía (el llamado «proceso 8.000»). Tal opinión, según algunos interpretes, respondería a la racionalización popular del aforismo revisado: «Más vale malo conocido que malo por conocer». Uno de los críticos que con mayor acritud ha acusado (ética y políticamente) al presidente Samper, el periodista de *El Tiempo*, Rafael Santos, tras reiterar que «persiste una profunda crisis de credibilidad e incertidumbre», escribe que si bien no cree que el presidente «se caiga o renuncie», es su opinión la de que éste «será un gobierno con una larga agonía de tres años»<sup>35</sup>.

Sin embargo, el presidente Samper cuenta con importantes recursos para ese irreversible combate: en la estructura del poder lo apoya con reticencias el sector corporativo (empresarios, iglesia y ejército) y, adicionalmente, la burocracia y la mayoría parlamentaria. Esta última, y el propio presidente, empezaron a confrontar abiertamente al gavirismo, y el Congreso ha amenazado a los medios de comunicación con aprobar una ley de responsabilidades por noticias o comentarios no bien fundamentados.

En cualquier caso, lo cierto es que el presidente está abocado a padecer lo que no conoció ningún homólogo suyo en los últimos 37 años: una oposición sin tregua, no tanto en el parlamento pero sí a través de los medios masivos de comunicación. Oposición que desde el ángulo de las

---

<sup>34</sup> Sobre el aumento de los índices de concentración del ingreso, véase de Libardo Sarmiento Anzola: «Las miserias de la nación» en *El Espectador*, 24/9/95, donde se expresan conclusiones discordantes con las del enfoque neoliberal de Juan Luis Londoño de la Cuesta: *Distribución del ingreso y desarrollo económico*, Tercer Mundo Editores-Banco de la República-Fedesarrollo, Bogotá, 1995.

<sup>35</sup> Rafael Santos: «¿Tres años de agonía?» en *El Tiempo*, 17/9/95, p. 6-A.



políticas públicas y sociales tendría que afrontar más adelante, el gobierno neoliberal elitista que se dispone a sucederlo.